



ALMERIA

LA ESPAÑA DE CADA PROVINCIA

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
AVENIDA DEL GENERALISIMO, 39
MADRID, 1965

R- 6982

ALMERIA

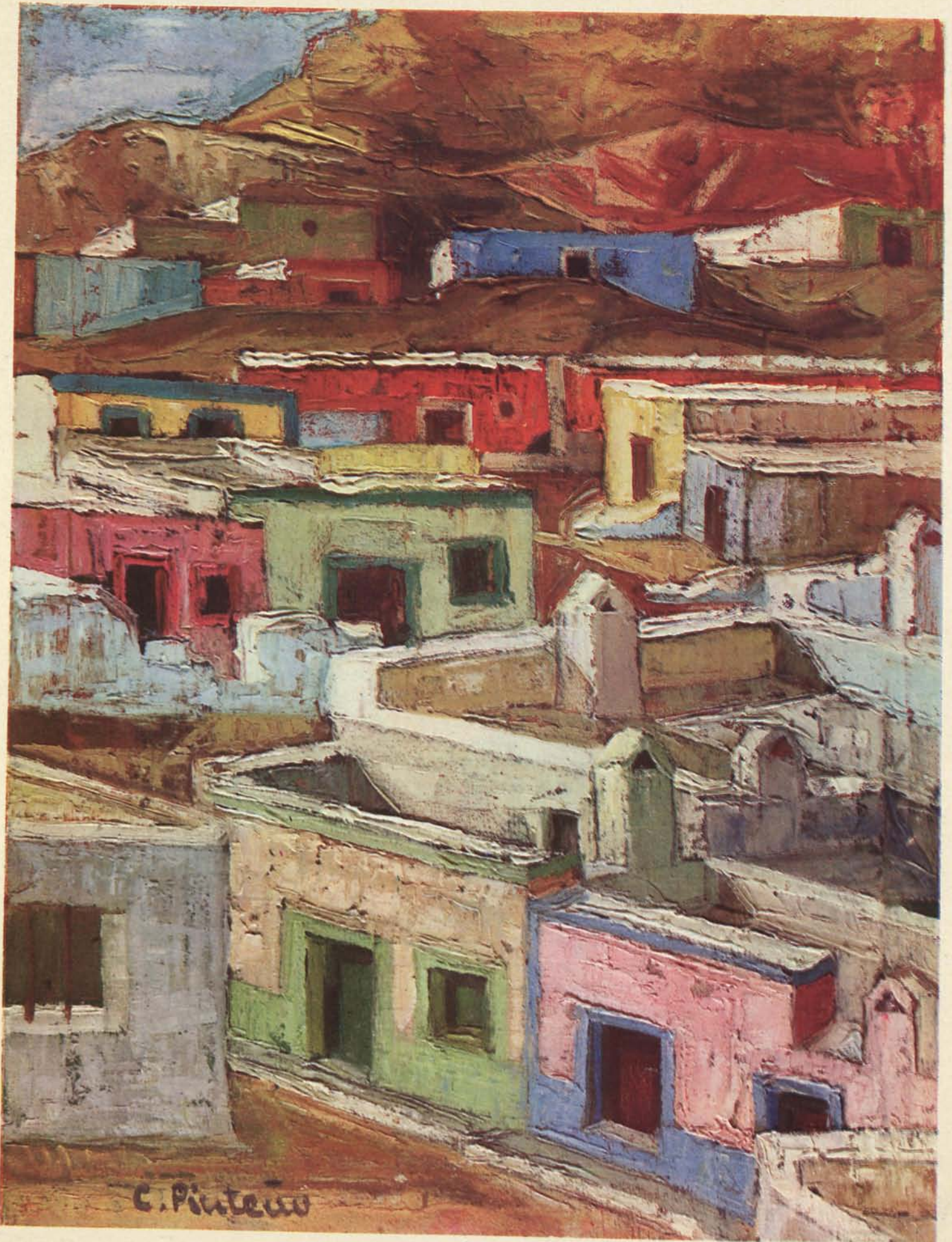


8988 - 9

ALMERIA



CARMEN PINTENO



C. Pintor

ALMERIA

Por ANTONIO PRIETO

CASI todo cuanto he escrito sobre Almería ha sido estando lejos de ella, sin que mi piel sintiera la sed de su sol y de su viento. Creo que esto también obedece a una particularidad almeriense: su profunda indolencia. Estando en ella, sintiendo cómo mi piel bebía su particularidad, no he experimentado jamás la necesidad de escribir sobre algo tan difícil y presente que bastaba extender la mano sobre su aire para aprehenderlo.

También ahora me encuentro lejos de ese aire almeriense. Escribo desde una tierra toscana tan difícil y personal, tan cuna de cultura, que después de varios meses en ella siento, cada noche, la nostalgia de esa inmensa soledad del desierto almeriense. Aquí, donde la noche parece dormir sin que ningún ojo anime sus estrellas, es donde yo vivo este recuerdo de un desierto grabado por el viento de centenares de siglos. Un desierto cargado con la inmensa compañía de su soledad, de sus montañas roídas por el viento y cuya arena petrificada forma lunáticos dibujos en añoranza de mar.

Lo recuerdo en principio porque es un desierto silencioso, hermoso, cuya noche ha escapado ya de las sombras fantasmales de su protoibera cultura. Un desierto tan vencido por la vida como quizás lo sea algún día esta hermosa tierra toscana, cuando la sucesión irrefrenable de la vida convierta en fantasmas de desierto la soberbia grandeza de Dante o la derrota medieval gestada en el ingenio de Boccaccio. Vivir es ya una tan compleja asociación de relaciones humanas, de deudas con el pasado, que de vez en cuando es necesario compartir sensaciones como las de esas noches calmas del desierto almeriense. Tan solitario, tan silencioso, que uno puede imaginar, con el mayor realismo, que es el único rincón de Europa donde un hombre podría resucitar para luego experimentar el cansancio de vivir. Es un desierto para sentirse hermosamente libre, en vigorosa comuni-

cación consigo mismo. Un desierto acompañado del profundo saber de la soledad y donde, recordando a Juan de Mena, el seco aire del mar parece animarnos:

Nunca vos hallo más acompañado
que cuando vos solo estais retraído.

Recuerdo que penetraba en el desierto almeriense después de una breve estancia en Mojácar. Mojácar era entonces —hace seis o siete años— un pueblo en despedida. Era un pueblo derruido, despidiéndose de la historia, que únicamente parecía latir en espera de que Jesús de Perceval le trazase con los pinceles su retrato. Después: morir, enterrarse a sí mismo con toda la vieja gloria de su vida agazapada en unas piedras a las que el viento y la lluvia le robarían su recuerdo de ser tapias y muros. Sí, era un pueblo que se debatía en despedida y que enarbolaba su adiós desde lo más alto de la montaña. Para coger ese adiós había que triscar por unas callejuelas empedradas en cuesta que circundaban su área. E iba uno cruzándose con mujeres de rara esbeltez, protagonistas de historias, que semiocultaban sus rostros en severos pañuelos sellados por los labios. Y, desde lo alto del pueblo, alargando el oído hasta la fuente, escuchando uno el sonido de una parla animada cuya sonoridad, sin distinguir palabras, era la misma sonoridad que había escuchado en los barrios moros de Xauen.

Después caía la noche, se aplastaba sobre los tejados de Mojácar, y se percibía todo el rumoroso lamento de un fragmento de Historia en despedida. Y daban ganas de apresar ese lamento y de lanzarlo con furia contra un presente egoísta cuya vanidad le impedía saber que también él sería Historia. Cada año (creo que de esto hace mucho tiempo), Mojácar iba perdiendo un poco de su vieja vida y se la veía deslizarse por la montaña como si quisiera ir a perderse en la anonimidad de su rambla o en la cercana arena de Garrucha. Era un deslizarse lento sobre las viejas piedras que, de trecho en trecho, se detenía para mirar la aislada altura de Sierra Cabrera. Y, sin embargo, Mojácar se desperezaba cada mañana despreciando esta eventualidad y nada parecía alterar su ritmo aislado del mundo. Las mujeres continuaban portando airosamente cántaros de agua o cestos de ropa sobre sus cabezas y las mocicas se reunían en el lavadero para hablar de las mismas cosas que sus abuelas. Era un morir señorial, austero, con esa serenidad sin temor de saberse muerto.

Ahora, Mojácar ha quebrado su agonía y se extiende en un abrazo de gozo con la vida que va desde el mar a esas rocas de Sierra Cabrera, cuyas veredas hay que recorrer imitando el triscar de las cabras. Aún no la he visto, pero sé que Mojácar ha salvado su vida levantándose sobre su propia historia y trayéndose de Granada unos cipreses que crecen en ansias de tocar un cielo puro, azul intenso, cuya serenidad se extiende como el más prodigioso ciclorama de estas noches sureñas. Abierta nuevamente en su camino, creo que con Mojácar la vida ha salvado a uno de los más bellos trozos de su Historia.

Mojácar era el primer extremo de Levante que me hacía sentir la tierra almeriense. Era una sequedad que luego se acrecentaba en el desierto y que parecía

retorcerse sobre las casas colgantes de Sorbas. Ocres, de piedra y barro como la propia montaña que las nutre, las casas de Sorbas se enredan en inaccesibles escalones que obedecieron a un proceso histórico. Son como un juego de arquitectura con el aire para alimentar en el espacio la defensa de una guerra que ya no podrá tornar.

Cuando el anochecer cae sobre Sorbas, el pueblo late con un ritmo cansino, adormecedor, que crece en intensa comunicabilidad. Parece que, de cada casa, sale una voz que afirma, en susurro, que todo está ya hecho y que la retórica dialéctica no es más que un diálogo de vanidades. De tarde en tarde, alguna pasión recorre el pueblo, pero en seguida vuelve este adormecedor sentirse con la vida hecha y poseída. Es un deje de fatalismo y sabiduría de difícil comprensión. Un hombre puede estar sentado horas y horas sobre la misma piedra, inmóvil a todo, con la seguridad de que nada cambiará en el mundo, de que nada merece su ambición. Y esa actitud no será jamás el tedio o la *noia* de moda en Europa, sino una profunda e ingenua mezcla de orgullo y de humildad que le permite sentirse hombre en sí mismo y no en los accidentes de la acción.

Después, el mar. A la derecha, casi repentinamente, el desierto almeriense se quiebra con el verde fragante de los huertos de Gador. Pero a la izquierda, el desierto va extendiéndose hasta mojarse en el mar. Tiene sed de mar. O más aún: profundo amor y deseo de un mar que lo poseyó. Es la conjugación primitiva y enérgica de unas bodas que la naturaleza truncó con su devoración de pasiones. ¡Qué tremendo deseo de mar hay en la sequedad prehistórica de esos montículos del desierto almeriense! Es un deseo sensual que se retuerce encrespadamente en salientes y fosas rugosas. Un deseo que se percibe como una herida abierta cuando el viento azota su arena contra las montañas hasta abrirles íntimas oquedades.

Realmente es un mar de deseos. Un mar que en ocasiones, como en la Bahía de los Genoveses, se abre voluptuosamente en un azul nítido, transparente, que fecunda la inmensa luz del sol. Sensualmente cálido, el mar deja que el sol vaya penetrándolo y se desnuda a todas las miradas. Son unas nupcias de sol y mar que el desierto padece en su sed de destierro.

Y con el mar comienza Almería. Porque Almería es una ciudad extendida sobre el mar, ofrecida a él, y que va aupándose por sus callejas y calles para poder mirarlo siempre. Es una ciudad que cada mañana se entrega al mar en una dádiva generosa de amor con la naturaleza.

Recuerdo toda mi juventud esperando las llegadas del verano para darme a ese mar. La playa se poblaba entonces de una juventud que jugaba enamoradamente con el mar y con el sol, y que parecía poseer toda la vida en aquel juego con la naturaleza. Eran unas mañanas que se cargaban intensamente de un goce con la vida y que aprehendían ese mar hasta extenderlo por la despreocupación de la tarde y el sueño de la noche. Participaba también de ese "no saber amar otra cosa que la mar" que alimentaba a los pescadores.

A veces, el pescador almeriense emigraba a Melilla o a Orán. En sus regresos decía: "Estoy en Orán, estoy en Melilla". Pero inmediatamente añadía: "Sigo en la mar". Y sonreía porque era, exactamente, continuar en el mismo mar que

había teñido de surcos la piel de su rostro. Es un sentir el mar que se comienza a ganar desde niños, cuando sobre los adoquines del puerto se van remendando al sol las redes. Se habla, se canta, se trabaja, pero, sobre todo, se mira al mar. Se le siente amalgamado con el sol sobre nuestra piel en un sabor único, penetrante. Es un sabor a mar intenso que se extiende por toda la ciudad y se acoge a la piel de sus muchachas tiñéndolas de un frescor de inconfundible juventud.

Arriba, dando escolta a la vieja Alcazaba, las casillas de los pescadores se clavan en la montaña mirando al mar. Son unas casillas que festejan su contacto con el mar encalichándose de los más vivos colores. Azul, rojo, amarillo, naranja, verde... Las fachadas parecen recitar en colores su entrega y dependencia del mar.

Pero también es el sol. Desde la Alcazaba se miran los terraos almerienses y se advierte la ciudad encendida por el sol. Son unos terraos de grava, de tierra, de cemento, con las acitaras intensamente blancas por la cal. El sol se refleja en ellas con una multiformidad brillante que circunda toda la atmósfera en un caos de corpúsculos encendidos en luz. No son terraos que esperan la lluvia o las grietas del frío, sino rectángulos trazados por la medida del sol. Un sol que baña toda la ciudad obligando a sus casas a protegerse unas junto a otras en un orden de callejuelas estrechas y de plazuelas de serpenteante colorido.

Forman la ciudad vieja. Calles típicamente andaluzas que se cruzan y corren en ángulos caprichosos, y que recogen la noche con toda su inspiradora calma. Desde la Alcazaba o el cerro de San Cristóbal parece descender cada noche un silencio mítico que recorre la vieja ciudad, entre rejas y balcones, permitiendo ser protagonistas del aire a las campanadas de la Catedral. Es un silencio donde la ciudad se escucha a sí misma en su monólogo de fábulas. Y el monólogo, que corre salpicando el empedrado de las calles, se detiene siempre un poco en esas plazas o plazuelas almerienses llenas de la más espontánea personalidad.

Se dice la plaza Vieja, la plaza del Pino, la plaza de la Virgen del Mar, la de San Sebastián, la de la Catedral... Son plazas situadas acá o allá, sin mucho orden ni causa, poseídas de un capricho ciudadano que las hace graciosamente originales. A veces, es simplemente el respeto a un viejo árbol lo que parece haber forjado la plazuela. Y tienen siempre una cálida y acogedora estructura que la noche bordea con su silencio.

El sol y el mar son elementos que conjugan la vida almeriense hasta integrarse en ellos como fruto de un parto imperceptible que sólo la distancia distingue. Son elementos que se ven sacudidos espaciadamente por un viento seco que enarena las calles y se agazapa en los portales formando pequeños remolinos. El viento se percibe desde lo alto de la Alcazaba como un algo extraño que silbara su odio contra esa comunión con el mar que acaricia la vida almeriense. Pero es un viento en derrota que se olvida.

Ahora, mientras la lluvia persistente está nutriendo el invierno toscano, recuerdo desde aquí ese sol almeriense bajo el que parece detenerse la vida. Recuerdo que me tumbaba en la playa entregándome a su sol hasta sentirlo perforando mis párpados y sembrando en mis ojos una encendida oscuridad. Era como un aislarse en los propios recuerdos hasta sentirlos vivir nuevamente en el roce del

mar. Entonces, caminar por Almería es conllevar los pasos por una naturaleza entregada fecundamente al hombre en su vigor de sol y de mar. Son pasos lentos, enemigos del movimiento, que pretenden quedarse en el aire porque saben que nunca podrán repetirse. Y vivir una vida no es agitarla nerviosamente hasta olvidar ruidosamente que se posee.

Siempre he admirado a esos viejos que disfrutaban en el Parque el sol almeriense de enero. Un corto paseo para después sentarse, frente al mar, en un banco. La vejez cristaliza entonces no como una enfermedad de ausencias, sino como un estado natural desde el que retorna lo aprehendido más gozosamente. Ni siquiera se necesita a alguien al que contarle, porque se aprendió en la vida a hablarse a sí mismo. Es una individualización y un poseerse a sí mismos que se agranda en contrastes en cuanto que uno sale de Almería y observa los coros dialécticos europeos. He hablado con muchos de estos viejos del Parque almeriense y la única preocupación que parecían sentir algunos era el pensar en cómo podrían continuar recordando y fabricando su pasado cuando la muerte se adueñara de su vejez. Se trata de un profundo amor a la vida y un valor de sostenerla que nace allí mismo de la fértil comunión del sol y del mar.

Porque día tras día el sol y el mar realizan su copulación gestadora de vida con una ininterrumpida prodigalidad. Es una cópula que en el verano se extiende densamente por la ciudad y que los almerienses recogen en el calor de la playa. La juventud se aplasta contra la arena, se tumba en ella, y se da al sol y al mar en una entrega que los aísla del paso del tiempo. No es sólo una sensación de placer con la naturaleza sino también una inconsciente entrega a un tiempo suspendido en el que los minutos no son taladrados con el pasar. Cotidianamente el sol realiza su juego con el mar, tiéndolo de luz, y esa repetición del juego se ciñe al tiempo almeriense hasta aislarlo de una realidad en fuga. Es como si el tiempo fuese una posesión ganada en la que el pasado no combate al presente angustiándolo. Morir no tiene entonces el gran temor de los límites finales.

Cerca del cementerio almeriense hay tres o cuatro bares o ventas modernizadas. He asistido a unos cuantos entierros observando la despreocupada tranquilidad de los acompañantes. Se hablaba entre sí sin el temor de la muerte vecina. La muerte era algo que llevaba el muerto y que le pertenecía sólo a él, como le habían pertenecido su mujer o su traje. Ninguno había pretendido quitarle al muerto su traje o su mujer y tampoco deseaban quitarle ahora su muerte. Era una muerte particular, que le pertenecía a uno solo, y no un concepto abstracto que se extendiera sobre todos ligándolos al miedo. Sencillamente, se acompañaba a alguien en una despedida. Y cuando alguno decía: "Hoy le ha tocado a él, otro día nos tocará a cualquiera de nosotros", la frase no tenía más pesadumbre o curiosidad que si hubiera dicho: "Juan se va a Alemania y tal vez mañana se vaya este o yo". Es un modo sencillo y soberbio de individualizar la muerte, de presentirla como algo propio y natural de lo que no es necesario huir.

Después, cuando el muerto se quedaba a solas con su muerte, he acompaña-

do a unos cuantos a uno de esos bares cercanos. Se pide vino y unos trocitos de jamón o pipirrana y se habla despreocupadamente de las cien cosas que siguen rodando por la vida. La proximidad del cementerio o la reciente despedida no pueden cohibirles lo más mínimo. Es una desvalorización de la muerte que nace del propio valor emanado de esa continua comunión del sol con el mar y que ellos reciben como un don que les individualiza. Se trata de poseer una vida, una primitiva y hermosa libertad nacida en ellos mismos que les hace sentirse libres de bienes egoístas. Dentro de esa libertad natural habita la individualización de una muerte que no se llevará otra cosa más que el gran y desconocido valor de un hombre que ha terminado ya de vivir. Sencilla y raramente eso. Porque cotidianamente, el sol continuará bautizando en amor al mar.

Esta comunión con la naturaleza que vive el almeriense y que sensualmente se despliega en una actitud externa, la he visto portada fuera de España en algunos trabajadores. Ante un mundo europeo y tan distinto que podía desconcertarles, ellos se defienden en esa individualidad sobre la que se cierran hasta trabar confianza. Son apenas unos días, porque en seguida se abren a la exterioridad circundante como allá en Almería se abre su mar para ser fecundado por el sol. Pienso que encuentran esa fuerza individual porque en su fondo portan aquello que aprehendieron insensiblemente de chiquillos, cuando casi desnudos se dejaban amasar en la playa por una naturaleza que les cubría.

Cada verano, cuando torno a Almería, veo a esos chiquillos semidesnudos que bajan de las casillas multicolores y que se entregan a un juego febril con el mar. El sol teje sobre ellos una piel dura, fuerte, que va forjándoles en deseos. Otras veces los veo acercarse a los pescadores y espiar sus movimientos, esperando atrapar palabras que, entre el olor a algas y brea, les haga sentirse hombres más rápidamente. Como las muchachas a las que requerirán de amor en seguida, esos chiquillos abandonan precozmente su niñez para entrar en una larga juventud que seguirá dándose al mar con una extraña devoción.

A la tarde, cuando en esta parte de Europa se cena, las parejas de novios se extienden por el Parque almeriense, robándoles su sombra a las palmeras. Dejan en el ambiente un aire límpido y húmedo que recogerá la noche en su silencio. Es una noche calma, suave, embrisada de mar, que sería lastimoso encerrar tempranamente en las casas. Sintiendo esa noche, habitándola en su maravillosa placidez, se comprende que en la tierra almeriense "las buenas noches" tengan un sentido más amplio y más bello que una simple despedida para ir a dormir. Porque también "buenas noches" es una invitación a gozar vívidamente de la noche, sintiendo en el paladar ese sabor nocturno del mar rumoroso, ese olor fresco bajo el que es hermoso dejar que la vista se pierda en un azul intenso que funde en su luz nuestra vista.

Parque adelante, Almería se pierde en una carretera ondulada, los Atajuelos, que irá a unirse a la Granada marinera. Son ocho kilómetros, hasta Aguadulce, en los que la carretera se forja en espacios que pertenecen al mar y a las rocas montañosas. En cuanto que se cruza Aguadulce, el panorama cambia rotundamente, se aleja del mar y parece que, como en la parte de Levante, va a comenzar

un otro desierto. Pero no. Tierras secas que esconden en sus entrañas el agua y rápidamente un pueblo. El Egido, que va transformándose y surgiendo como los antiguos pueblos del Oeste americano.

A los pocos kilómetros, nuevamente el mar con el azul rabioso de Balerna o la raptada calma de Adra. Pero, a la derecha, apartándose del mar, Almería comienza a cerrar su provincia en pueblos interiores que irán aupándose por la sierra en busca de Granada. Creo que, entre ellos, Dalías es un buen pueblo para despedirse.

En septiembre, las parras de Dalías intensifican el verde de sus hojas y la vega que circunda al pueblo desprende un olor penetrante y único a fruto. Son viejos bancales sembrados por los árabes, contenidos artificialmente con paretas, que despiden ese intenso olor de despedida que anuncia el cercano viaje de su uva a los más lejanos rincones del mundo. Dalías vive nerviosamente su faena de la uva y de todos los almacenes sale a recorrer las calles un tintineo alegre de tijeras limpiando. Barriles y barriles que encierran el mimoso cuidado de todo un largo año calculando los fríos, las lluvias, los peligros del calor agosteño. Es ya un vivir distinto, esclavo y señor de la tierra, que configura en cierta viril austeridad el carácter de sus gentes. Unas gentes que en septiembre se apiñan en alegría y bondad para celebrar ruidosamente sus grandes fiestas del Santo Cristo.

Y Almería sigue extendiéndose en provincia agricultora y fértil camino de la sierra, hasta hermanar sus tierras con las de Granada. Y se va subiendo, cambiando, hasta sentirse muy lejos de aquel sol y aquel mar del puerto almeriense que bautiza cada mañana la piel de unos chiquillos en sueños de hombre.



BIOGRAFIAS DE LOS AUTORES

ANTONIO PRIETO. (Escritor.)

Nació en Almería en 1929. En la Universidad Central cursó estudios de Medicina y Filosofía y Letras. Cultivó el teatro y llegó a estrenar —sin demasiado éxito— en teatros minoritarios. Pero su revelación literaria ocurrió en 1955 al serle concedido a los veinticuatro años de edad el premio «Planeta» por su novela *Tres pisadas de hombre*. Abandonó los estudios para dedicarse a la literatura. Entre sus libros figuran *Buenas noches, Argüelles* —que es la novela de este popular barrio madrileño—, *Vuelve atrás, Lázaro*. Con *Elegía por una esperanza* obtuvo el premio «Ondas». En su última novela, *Encuentro con Ilitia*, explora una nueva técnica narrativa, pues Antonio Prieto figura como uno de los más inquietos y rigurosos narradores españoles. Junto a esta labor literaria de creación ha realizado trabajos sobre textos clásicos italianos y ha dado cursos de literatura comparada en diversos centros internacionales, como Pisa (Italia). Casado con Pilar Palomo, licenciada en Filosofía, une su vocación novelesca a una inquietud por los aspectos de indagación literaria.

CARMEN PINTEÑO NUÑEZ. (Pintora.)

Nació el 21 de abril de 1937 en Huércal-Overa (Almería) y pronto pasó a residir en la capital. Cursó el Bachillerato e inició estudios de Derecho, que abandonó para matricularse en la Escuela de Artes y Oficios. Ha formado parte del Grupo Indaliano, con el que ha expuesto en diversas ocasiones y está en posesión de varios premios provinciales. No ha celebrado todavía ninguna exposición individual.

ESTE FASCÍCULO ES UNA SEPARATA DE LA
OBRA «LA ESPAÑA DE CADA PROVINCIA», CUYA
EDICIÓN FUE PATROCINADA POR LA JUNTA IN-
TERMINISTERIAL PARA LA CONMEMORACIÓN DEL
«XXV ANIVERSARIO DE LA PAZ ESPAÑOLA»